ASIMOV

EL HOMBRE BICENTENARIO



Lectulandia

Un clásico entre los clásicos de la ciencia ficción.

> «Esta historia, que apareció por primera vez en 1976, fue mi exposición más clarividente del desarrollo de los robots. Trataba del deseo de un robot de convertirse en hombre y la forma en que realizaba este deseo, paso a paso. No tenía intención de escribir esta historia cuando la empecé, se escribió sola, y se trazó y entrelazó en la máquina de escribir. Acabó siendo la tercera de mis historias favoritas, entre todas las escritas.»
>
> **Isaac Asimov**

El hombre bicentenario, merecedora de los prestigiosos premios Hugo y Nebula, fue escrita originalmente por encargo para una antología de relatos conmemorativa del bicentenario de la independencia de Estados Unidos que nunca se publicó. Poco más que añadir a las palabras que Asimov dedica a este relato en la introducción que escribió en 1990 para la antología *Visiones de Robot*: **disfruten de la lectura**.

Isaac Asimov

El hombre bicentenario

ePub r1.0

Kelsier 04.03.2026

Título original: *The Bicentennial Man*
Isaac Asimov, 1976
Traducción: Lorenzo Cortina

Editor digital: Kelsier
ePub base r3.0 (ePub 3)



Para una óptima experiencia de lectura, use la opción *Fuente Original / Fuente del editor / Predeterminada*.

ASIMOV

EL HOMBRE BICENTENARIO

Traducción de
Lorenzo Cortina

epublibre

1

Gracias —dijo Andrew Martin aceptando el asiento que le habían ofrecido. No tenía el aspecto de un hombre llevado a sus últimas consecuencias, pero así había sido.

En realidad, no tenía aspecto de nada pues su rostro, a excepción de la tristeza que uno imaginaba percibir en sus ojos, no presentaba expresión alguna. Su pelo era liso, castaño claro y bastante fino; no tenía rastro de barba, daba la impresión de haberse acabado de afeitar de forma concienzuda. Iba vestido de forma claramente pasada de moda, pero su ropa era pulcra y en ella predominaba un aterciopelado color rojo púrpura.

Frente a él, detrás del escritorio, estaba el cirujano; la placa que había sobre la mesa lo identificaba con una serie completa de letras y números, a la cual Andrew no prestó atención. Sería suficiente llamarlo doctor.

—¿Cuándo podrá realizar la operación? —preguntó.

—No estoy muy seguro, señor, de haber comprendido cómo y a quién se efectuaría una operación semejante —contestó el cirujano con voz suave, con aquella indefinida e inalienable nota de respeto que utilizaba siempre un robot para dirigirse a un ser humano.

Podría haber habido una mirada de respetuosa intransigencia en el rostro del cirujano, si un robot de aquel tipo, de acero inoxidable ligeramente aleado de bronce, hubiese podido presentar semejante expresión, o cualquier otra.

Andrew Martin examinó la mano derecha del robot, la mano del bisturí que yacía sobre el escritorio en completo reposo. Los dedos eran largos y tenían la forma de unas curvas metálicas que serpenteaban artísticamente, eran tan elegantes y educados que resultaba fácil imaginar un escalpelo

acoplado a ellos y convirtiéndose el todo, temporalmente, en una sola unidad.

No debía de haber vacilación en su trabajo, ni tropiezos, ni temblores, ni errores. Ello era fruto de la especialización, por supuesto, de una especialización tan profundamente deseada por la Humanidad que quedaban ya muy pocos robots con un cerebro independiente. Un cirujano, como es lógico, tenía que tenerlo. Y aquel, aunque provisto de cerebro, era tan limitado en su capacidad que no reconoció a Andrew, probablemente jamás había oído hablar de él.

—¿Nunca ha pensado que le gustaría ser un ser humano? —quiso saber Andrew.

El cirujano titubeó un momento, como si la pregunta no encajase en ningún lugar de los circuitos positrónicos que le habían sido asignados.

—¡Pero yo soy un robot, señor!

—¿Preferiría ser un hombre?

—Preferiría, señor, ser un mejor cirujano, y ello no sería posible si yo fuese un hombre, solo si yo fuese un robot más perfeccionado. Me gustaría ser un robot más perfeccionado.

—¿No le molesta que yo pueda darle órdenes? ¿Qué yo, solo diciéndoselo, pueda hacer que se levante, que se siente, que se mueva hacia la derecha o hacia la izquierda?

—Para mí es un placer complacerlo, señor. Si sus órdenes interfiriesen con mi funcionamiento con respecto a usted o a cualquier otro ser humano, no lo obedecería. La Primera Ley, que se refiere a mi deber para con la seguridad de los humanos, predominaría sobre la Segunda Ley relacionada con la obediencia. Por lo demás, a mí me gusta obedecer… Pero, dígame, ¿a quién debo hacer esa operación?

—A mí —contestó Andrew.

—Pero eso es imposible. Es sin duda alguna una operación perjudicial.

—Eso no tiene importancia —dijo Andrew con tranquilidad.

—Yo no debo causar daño —replicó el cirujano.

—No debe causar daño a un ser humano —replicó Andrew a su vez—. Pero yo también soy un robot.

2

Andrew tenía mucho más aspecto de robot cuando lo… fabricaron. Su apariencia era la de cualquier robot existente, de diseño uniforme y funcional.

Había trabajado bien en la casa adonde lo habían llevado en una época en que resultaba raro ver un robot en un hogar, si no en todo el planeta.

En aquella casa había cuatro personas: el señor, la señora, la señorita y la señorita pequeña. Por supuesto sabía sus nombres, pero nunca los usó. El señor era Gerald Martin.

Su propio número de serie era NDR… había olvidado los números. Era cierto que había transcurrido mucho tiempo pero si hubiese querido recordarlos, no habría podido olvidar. No quería recordar.

La señorita pequeña había empezado a llamarlo Andrew porque no sabía pronunciar las letras, y los demás habían seguido su ejemplo.

La señorita pequeña… Había vivido 90 años y hacía mucho tiempo que había muerto. En una ocasión él quiso llamarla señora, pero ella no se lo permitió. Había sido la señorita pequeña hasta el último día.

Andrew tenía que realizar las funciones de ayuda de cámara, mayordomo y doncella. Fue una época experimental para él y, de hecho, para cualquier robot que no trabajase en fábricas industriales y exploratorias, y en las estaciones situadas fuera de la Tierra.

Los Martin disfrutaban con él y la mitad del tiempo no podía hacer su trabajo porque la señorita y la señorita pequeña querían jugar con él.

La señorita fue la primera que comprendió cómo conseguirlo.

—Te ordenamos que juegues con nosotras y tú tienes que obedecer —dijo.

—Lo siento, señorita —dijo Andrew—, pero una orden anterior del señor debe sin duda tener prioridad.

—Papá solo ha dicho que confiaba en que te ocuparías de limpiar. Esto no es una verdadera orden. Yo te lo ordeno —replicó ella.

Al señor no le importaba. Adoraba a la señorita y a la señorita pequeña, incluso más que la señora, y Andrew también les tenía mucho cariño. Por lo menos, el efecto que ellas tenían en las acciones de él era lo que en un ser humano se habría llamado el resultado del cariño. Andrew lo consideraba cariño, pues no conocía otra palabra para definirlo.

Andrew talló un medallón de madera para la señorita pequeña, siguiendo órdenes de esta. Según parece, a la señorita le habían regalado un medallón de marfil con una inscripción para su cumpleaños y a la señorita pequeña no le había hecho ninguna gracia. Tenía solamente un trozo de madera y se lo entregó a Andrew junto con un cuchillo de cocina.

Él se lo hizo en un santiamén y la señorita pequeña dijo:

—¡Qué bonito, Andrew! Voy a enseñárselo a papá.

El señor no dio crédito a lo que veía.

—¿De dónde has sacado realmente esto, Mandy? —Mandy era la niña a quien él llamaba señorita pequeña. Cuando esta le aseguró a su padre que estaba diciendo la verdad, él se volvió hacia Andrew—: ¿Lo has hecho tú, Andrew?

—Sí, señor.

—¿El dibujo también?

—Sí, señor.

—¿De dónde has copiado el dibujo?

—Es una representación geométrica, señor, que hacía juego con la fibra de la madera.

Al día siguiente, el señor apareció con otro trozo de madera, de mayor tamaño, y un cuchillo eléctrico vibrador.

—Haz algo con esto, Andrew —dijo—. Lo que tú quieras.

Andrew se puso manos a la obra y el señor estuvo observando cómo trabajaba; luego estudió el objeto largo rato. Después de aquello, Andrew no volvió a servir la mesa. Le ordenaron que leyese libros sobre diseño de muebles y aprendió a hacer armarios y escritorios.

—Son unos objetos estupendos, Andrew —comentó el señor.

—Disfruto haciéndolos, señor —dijo Andrew.

—¿Disfrutas?

—De alguna forma hace que los circuitos de mi cerebro funcionen con mayor fluidez. Les he oído decir la palabra «disfrutar» y el modo como la usan encaja con la forma que yo siento. Disfruto haciéndolos, señor.

3

Gerald Martin llevó a Andrew a las oficinas regionales de «United States Robots and Mechanical Men Corporation». Dado que era miembro de la Asamblea Legislativa regional, no le costó en absoluto conseguir una entrevista con el jefe de Robopsicología. De hecho, en aquellos primeros tiempos en que los robots eran una rareza, si había tenido derecho a ser propietario de un robot había sido únicamente porque era miembro de la Asamblea Legislativa.

En aquel momento, Andrew no comprendió nada de todo aquello, pero años después y con mayores conocimientos, pudo reconsiderar aquella antigua escena y comprenderla a la luz apropiada.

El robopsicólogo, Merton Mansky, escuchó con un ceño cada vez más fruncido y más de una vez logró detener los dedos cuando estaban a punto de tamborilear irrevocablemente sobre la mesa. Sus rasgos parecían cansados y tenía una frente surcada de rayas; daba la impresión de que tal vez era más joven de lo que aparentaba.

—La robótica no es un arte exacto, señor Martin. No puedo explicárselo con detalle, pero las matemáticas que regulan el trazado de los circuitos positrónicos son demasiado complicadas como para permitir otra cosa que no sean soluciones aproximadas. Por supuesto, desde el momento que lo construimos todo en torno a las Tres Leyes, estas son incontrovertibles. Naturalmente, le cambiaremos su robot…

—Nada de eso —dijo el señor—. No se trata de fallo alguno por su parte. Realiza perfectamente las tareas que le asignamos. El caso es que también talla madera de una forma exquisita y nunca repite una pieza. Hace obras de arte.

—Qué extraño. —Mansky estaba confundido—. Es cierto que actualmente estamos intentando unos circuitos generalizados… ¿Cree usted que el trabajo es realmente creativo?

—Juzgue usted mismo.

Martin le entregó una pequeña esfera de madera donde había una escena de un patio de escuela donde los niños y niñas eran prácticamente demasiado pequeños para ser distinguidos, pero sin embargo perfectamente proporcionados y armonizados de forma tan natural con la fibra que también esta parecía tallada.

—¿Lo ha hecho él? —preguntó Mansky, para luego devolverle el objeto a la vez que volvía la cabeza—. Una casualidad del diseño. Algo en los circuitos.

—¿Pueden volver a hacerlo?

—Probablemente no. Nunca habíamos oído una cosa igual.

—¡Bien! No me importa en absoluto que Andrew sea el único.

—Sospecho que la compañía querrá que el robot vuelva para ser estudiado —dijo Mansky.

—¡Ni hablar! —dijo el señor repentinamente serio—. Olvídese de ello. —Se volvió hacia Andrew—: Vámonos a casa.

—Lo que usted mande, señor —dijo Andrew.

4

La señorita había empezado a salir con chicos y no estaba mucho en casa. Ahora quien llenaba el horizonte de Andrew era la señorita pequeña, ya algo crecidita. Nunca había olvidado que la primera talla de madera que había él hecho había sido para ella. La llevaba en el cuello colgando de una cadena de plata.

Ella fue la primera que puso objeciones a la costumbre que adquirió su padre de regalar las obras.

—Oye, papá —le dijo—, si alguien quiere alguna, que pague. El trabajo lo vale.

—La tacañería no es algo propio de ti, Mandy —replicó el señor.

—No será para nosotros, papá, sino para el artista.

Andrew nunca había oído aquella palabra y un momento que se quedó a solas consultó el diccionario. Luego hubo otra visita, en aquella ocasión al abogado del señor.

—¿Qué opinas de esto, John? —le preguntó el señor.

El abogado se llamaba John Feingold. Era canoso y tenía un vientre prominente; los bordes de sus lentes de contacto estaban coloreados de un verde brillante. Examinó la pequeña placa que le había entregado el señor.

—Es precioso… Pero ya me ha llegado la noticia. Se trata de una talla hecha por tu robot, que has traído contigo.

—Sí, las hace Andrew. ¿No es así, Andrew?

—Sí, señor —dijo Andrew.

—¿Cuánto pagarías por esta talla, John? —preguntó el señor.

—No sabría decírtelo. No colecciono este tipo de objetos.

—¿Creerás que han ofrecido 250 dólares por este pequeño objeto? Andrew ha hecho unas sillas que se han vendido por 500 dólares. En el Banco hay 2000 dólares producto de las obras de Andrew.

—¡Dios mío!, te estás haciendo rico, Gerald.

—A medias —dijo el señor—. La mitad está en una cuenta a nombre de Andrew Martin.

—¿El robot?

—Exactamente, y quiero saber si ello es legal.

—¿Legal? —La silla de Feingold crujió al reclinarse este contra el respaldo—. No hay precedentes, Gerald. ¿Cómo ha firmado tu robot los documentos necesarios?

—Sabe firmar y yo llevé la firma. No me lo llevé al Banco. ¿Se debe hacer algo más?

—Hum. —Dio la impresión de que los ojos de Feingold se volvían un instante hacia dentro. Luego dijo—: Bien, podemos crear un fideicomiso que administre todos los fondos en su nombre a modo de capa aislante entre él y el mundo hostil. Por lo demás, te aconsejo que no hagas nada. Hasta el momento nadie ha objetado nada… Si alguien pone reparos, que él ponga un pleito.

—¿Y tú llevarías el caso si se entabla una demanda?

—Por un anticipo sobre los honorarios, por supuesto.

—¿Cuánto?

—Una cosa así. —Feingold señaló la placa de madera.

—Me parece justo —dijo el señor.

Feingold se rio entre dientes cuando se volvió hacia el robot.

—Andrew, ¿estás contento de tener dinero?

—Sí, señor.

—¿Qué tienes previsto hacer con él?

—Pagar cosas que de lo contrario tendría que pagar el señor. Le ahorrará gastos, señor.

5

Y llegaron las ocasiones. Las reparaciones eran caras, y las revisiones todavía más. Con los años, se fabricaron nuevos modelos de robot y el señor se encargó de que Andrew contase con las ventajas de todos los nuevos mecanismos, hasta que se convirtió en un parangón de excelencia metálica. Los gastos corrieron a cargo de Andrew.

Andrew insistió en ello.

Solo permanecieron intactos sus circuitos positrónicos. El señor insistió en ello.

—Los nuevos no son tan buenos como tú, Andrew —afirmaba—. Los nuevos robots no valen para nada. La compañía ha aprendido a hacer circuitos más precisos, más estrechamente controlados, mucho más encauzados. Los nuevos robots no se desvían de su camino. Hacen aquello para lo que han sido diseñados y nunca se van por los cerros de Úbeda. Tú me gustas más.

—Gracias, señor.

—Y ha sido por tu causa, Andrew, no lo olvides. Estoy seguro de que Mansky puso punto final a los circuitos generalizados apenas comprendió cómo eras. No le gustaba el carácter imprevisible… ¿Sabes cuantas veces me pidió que te devolviese para poder así someterte a estudio? ¡Nueve veces! Pero yo nunca accedí y, ahora que se ha retirado, es posible que gocemos de cierta paz.

Y el señor empezó a encanecer, a perder pelo y a hacérsele bolsas en el rostro, mientras que el aspecto de Andrew era incluso mejor que cuando entró a formar parte de la familia.

La señora se había ido a una colonia de artistas de algún lugar de Europa y la señorita era poetisa en Nueva York. Escribían de vez en cuando, pero no a menudo. La señorita pequeña se casó y no vivía muy lejos. Decía que no quería dejar a Andrew y cuando nació su hijo, el señor pequeño, dejaba que Andrew cogiese el biberón y lo alimentase.

Andrew consideró que el señor, con el nacimiento del nieto, tenía algo susceptible de reemplazar a quienes se habían ido; y que no sería tan injusto pedirle aquello.

—Señor —empezó Andrew—, ha sido muy amable por su parte dejar que gastase el dinero como yo quisiera.

—Era tu dinero, Andrew.

—Solo porque usted así lo quiso, señor. No creo que la ley le hubiera impedido quedárselo todo.

—La ley no me obligará a actuar de forma injusta, Andrew.

—A pesar de todos los gastos, señor, y a pesar también de los impuestos, tengo casi seis mil dólares.

—Lo sé, Andrew.

—Quiero darle ese dinero, señor.

—No lo aceptaré, Andrew.

—A cambio de algo que usted puede brindarme, señor.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata, Andrew?

—De mi libertad, señor.

—Tu…

—Me gustaría comprar mi libertad, señor.

6

No fue tan fácil.

—¡Por el amor de Dios! —dijo el señor cuyo rostro había enrojecido, luego giró sobre sus talones y se alejó a grandes pasos.

Fue la señorita pequeña quien lo convenció, de forma desafiante y dura, y delante de Andrew. Durante treinta años, nadie había vacilado en hablar delante de Andrew, tanto si el asunto tenía relación con él como si no era así. No era más que un robot.

—Papá, ¿por qué te lo tomas como una afrenta personal? Seguirá estando aquí. Seguirá siendo fiel. No puede hacer otra cosa. Está dentro de él. Todo lo que quiere son palabras. Quiere considerarse libre. ¿Es eso tan terrible? ¿Acaso no se lo ha ganado? Cielos, hace años que él y yo hablamos sobre ello.

—¿Así que lleváis años hablando de ello?

—Sí, y él ha aplazado el momento una y otra vez por temor a herirte. He sido yo quien lo ha inducido a plantearte el asunto.

—No sabe lo que significa la libertad. Es un robot.

—Papá, tú no lo conoces. Ha leído todo lo que hay en la biblioteca. No sé cómo siente interiormente pero tampoco sé cómo sientes tú. Cuando uno habla con él se da cuenta de que reacciona a las distintas abstracciones como tú y como yo, ¿qué otra cosa puede importar? ¿Qué más se puede pedir si alguien reacciona como uno mismo?

—La ley no adoptará la misma actitud —dijo el señor en un tono airado—. ¡Y tú, escúchame! —Se volvió hacia Andrew con una voz deliberadamente brusca—. Solo puedo darte la libertad por la vía legal, y si ello llega a los tribunales, no solo no conseguirás tu libertad, sino que la ley

tendrá conocimiento oficial de tu dinero. Dirán que un robot no tiene derecho a ganar dinero. ¿Crees que vale la pena perder tu dinero por este galimatías?

—La libertad no tiene precio, señor —replicó Andrew—. Solo la posibilidad de obtener la libertad vale ese dinero.

7

Cabía la posibilidad de que los tribunales considerasen que la libertad no tenía precio y decidir que un robot no podía comprar su libertad a ningún precio, por muy alto que este fuera.

La simple alegación del fiscal regional que representaba a quienes habían entablado una demanda colectiva para oponerse a la libertad decía: La palabra «libertad» no tiene sentido cuando se aplica a un robot. Solo un ser humano puede ser libre.

Lo dijo varias veces, cuando le pareció oportuno; despacio, y dejando caer rítmicamente las manos sobre la mesa a fin de dar énfasis a las palabras.

La señorita pequeña pidió permiso para hablar en nombre de Andrew. Se refirieron a ella por su nombre completo, que Andrew no había oído con anterioridad:

—Amanda Laura Martin Charney puede acercase al estrado.

—Gracias, Señoría —dijo ella—. Yo no soy abogado y desconozco la forma apropiada de expresar mis ideas, pero tengo la esperanza de que escuchen el sentido e ignoren las palabras.

»Tratemos de comprender lo que significa ser libre en el caso de Andrew. En cierto sentido, ya es libre. Creo que hace por lo menos veinte años que nadie de la familia Martin le ha ordenado que hiciese algo que pensásemos no haría por su propia iniciativa.

»Pero, si así lo deseamos, podemos ordenarle que haga cualquier cosa, expresado tan duramente como queramos, porque es una máquina de nuestra propiedad. ¿Pero por qué deberíamos actuar así, cuando hace tanto

tiempo que nos sirve fielmente y ha ganado tanto dinero para nosotros? Ya no nos debe nada. La deuda está completamente en el otro lado.

»Aunque la ley nos prohibiese que Andrew nos sirviera de forma involuntaria, él nos seguiría sirviendo voluntariamente. Darle la libertad no sería más que un ardid verbal, pero para él significaría mucho. Para él lo sería todo y a nosotros no nos costaría nada.

Dio la sensación de que el juez sofocaba una sonrisa un momento.

—Comprendo su punto de vista, señora Charney. El hecho es que no hay ninguna ley vinculante ni precedente alguno al respecto. Tenemos, en cambio, el supuesto implícito de que solo un hombre puede gozar de libertad. Yo puedo crear aquí una nueva ley, sujeta a la revocación por parte de un tribunal superior, pero no puedo alegremente ir en contra de ese supuesto. Voy a hablar con el robot. ¡Andrew!

—Sí, Señoría.

Era la primera vez que Andrew hablaba en la sala del tribunal y el juez se quedó un momento asombrado ante el timbre humano de la voz.

—¿Por qué quieres ser libre, Andrew? —preguntó—. ¿Por qué es importante para ti?

—¿Le gustaría ser un esclavo, Señoría? —replicó Andrew.

—Pero tú no eres un esclavo. Eres un robot estupendo, un genio de robot, según tengo entendido, capaz de una expresión artística sin comparación. ¿Qué otra cosa harías si fueses libre?

—Lo mismo que hago ahora, Señoría, pero con mayor aliciente. Se ha dicho aquí que solo un ser humano puede ser libre. En mi opinión solo alguien que desea la libertad puede ser libre. Y yo deseo la libertad.

Y fue esto lo que convenció al juez. La frase crucial de su veredicto fue:

—No tenemos derecho a negar la libertad a cualquier objeto que cuente con una mente lo suficientemente avanzada como para asimilar el concepto y desear ese estado.

Veredicto que fue finalmente ratificado por el Tribunal Mundial.

8

El señor siguió estando molesto y su tono de voz áspero hacía que Andrew se sintiese como si hubiese sufrido un cortocircuito.

—No quiero tu maldito dinero, Andrew —dijo el señor—. Solo lo aceptaré porque en caso contrario no te sentirás libre. A partir de este momento, puedes escoger el trabajo que quieras y hacerlo como más te guste. No te daré órdenes, salvo esta: haz lo que te plazca. Pero sigo siendo responsable de ti; forma parte de la decisión del tribunal. Espero lo comprendas.

—No te pongas irascible, papá —interrumpió la señorita pequeña—. Esa responsabilidad no supone trabajo alguno. Sabes perfectamente que no tendrás que mover un dedo. Las Tres Leyes siguen en vigor.

—¿Cómo puede entonces ser libre?

—¿Acaso los seres humanos no están limitados por sus leyes, señor?

—No quiero discutir —fue la respuesta del señor. A continuación se marchó y, después de esto, Andrew solo lo vio muy de tarde en tarde.

La señorita pequeña iba a visitarlo a menudo a la casita que había sido construida para él. No tenía cocina, por supuesto, ni instalaciones sanitarias. Solo tenía dos habitaciones, una era una biblioteca y la otra una combinación de almacén y taller. Andrew aceptaba muchos encargos y trabajó más duramente como robot libre que antes hasta que la casa estuvo pagada y le perteneció legalmente.

Un día fue a verlo el señor pequeño… ¡No, George! El señor pequeño había insistido en ser llamado así después de la decisión del tribunal.

—Un robot libre no llama a nadie señor pequeño —dijo George—. Yo te llamo Andrew y tú debes llamarme George.

Fue expresado en forma de orden y, por consiguiente, Andrew empezó a llamarlo George; pero la señorita pequeña siguió siendo la señorita pequeña.

El día que George apareció en su casa fue para decirle que el señor se estaba muriendo. La señorita pequeña estaba junto a él pero el señor quería que también Andrew estuviera a su lado.

La voz del señor, aunque este no podía moverse mucho, era bastante firme. Hizo un esfuerzo para levantar la mano.

—Andrew —empezó—, Andrew… No me ayudes, George, solo me estoy muriendo, no estoy impedido. Andrew, me alegro de que estés libre. Solo quería que lo supieras.

Andrew no supo qué decir. Era la primera vez que estaba junto al lecho de un moribundo, pero sabía que era una forma humana de dejar de funcionar. Era un desmantelamiento involuntario e irreversible, y Andrew no sabía qué palabras podían ser las apropiadas. No pudo hacer otra cosa que permanecer en absoluto silencio, en absoluta inmovilidad.

Cuando todo hubo terminado, la señorita pequeña le dijo:

—Es cierto que últimamente no se ha mostrado muy amable contigo, Andrew, pero era viejo, ya lo sabes, y le dolió que quisieras ser libre.

Y entonces Andrew encontró las palabras que debía decir:

—Jamás habría sido libre sin él, señorita pequeña.

9

No fue hasta después de la muerte del señor que Andrew empezó a ponerse ropa. Comenzó con un par de pantalones viejos que le había dado George.

George se había casado y era abogado. Se incorporó al bufete de Feingold. Hacía mucho tiempo que se había muerto el viejo Feingold, pero su hija se había hecho cargo de la compañía, y esta acabó llamándose «Feingold y Charney». Así siguió incluso después de que se hubiese jubilado la hija sin que ningún Feingold tomara su lugar. En la época en que Andrew empezó a usar ropa acababa de ser añadido el nombre Charney al bufete.

La primera vez que Andrew se puso pantalones, George trató de no reírse, pero a los ojos de Andrew la sonrisa estaba en sus labios.

George mostró a Andrew la forma de manipular la carga estática a fin de que los pantalones se abriesen, se enrollarán alrededor de la mitad inferior de su cuerpo y luego se cerraran. George hizo la demostración con sus propios pantalones, pero Andrew se dio cuenta de que le costaría un tiempo repetir aquel movimiento normal y corriente para los humanos.

—¿Pero por qué quieres llevar pantalones, Andrew? —quiso saber George—. Tu cuerpo es de una funcionalidad tan hermosa que es una lástima cubrirlo, sobre todo teniendo en cuenta que no debes preocuparte por el control de la temperatura y puedes prescindir del pudor. Además, no se ciñe bien sobre el metal.

—¿Acaso los cuerpos humanos carecen de belleza funcional, George? —dijo Andrew—. Vosotros os cubrís.

—Para no tener frío, por higiene, para protegernos, como adorno. Nada de eso puede aplicarse a ti.

—Me siento desnudo sin ropa. Me siento diferente, George.

—¡Diferente! Andrew, actualmente hay millones de robots en la Tierra. En esta región, según el último censo, hay casi tantos robots como hombres.

—Lo sé, George. Hay robots que hacen todo tipo de trabajo imaginable.

—Y ninguno de ellos va vestido.

—Pero ninguno de ellos es libre, George.

Andrew fue completando su guardarropa poco a poco. Se sentía cohibido por la sonrisita de George y por las miradas de quienes le hacían los encargos.

Es posible que fuera libre, pero dentro de él había un programa cuidadosamente detallado acerca de su comportamiento para con la gente, y solo se atrevía a avanzar a paso de tortuga. Una desaprobación abierta le habría hecho retroceder meses.

No todo el mundo aceptaba el estado libre de Andrew. Era incapaz de sentir resentimiento por ello y sin embargo, cuando pensaba en ello, tropezaba con un problema en su proceso mental.

En especial, solía evitar ponerse ropa —o demasiada— cuando imaginaba que la señorita pequeña iría a visitarlo. Ahora era una anciana y pasaba temporadas en algún lugar de clima más cálido, pero cuando volvía lo primero que hacía era ir a verlo.

Una de las veces que ella regresó, George dijo en un tono triste:

—Me ha convencido, Andrew, el año que viene presentaré mi candidatura para la Asamblea Legislativa. Ha dicho, de tal abuelo, tal nieto.

—De tal abuelo… —Andrew se interrumpió, indeciso.

—Quiero decir que yo, George, el nieto, seré como el señor, el abuelo, el cual estuvo también en la Asamblea Legislativa.

—Qué bonito sería, George, si el señor estuviera todavía… —Andrew se detuvo, pues no quería decir «en funcionamiento». No parecía adecuado.

—Con vida —dijo George terminando la frase—. Sí, yo también recuerdo a menudo a aquel viejo monstruo.

Andrew reflexionó sobre esta conversación. Había advertido que carecía de capacidad verbal cuando hablaba con George. En cierto modo el lenguaje había cambiado desde que había entrado a tomar posesión de un vocabulario innato. Además, George utilizaba un lenguaje coloquial, no siendo este el caso con el señor y la señorita pequeña. ¿Por qué habría llamado monstruo al señor si él estaba seguro de que aquella palabra no era la apropiada?

Y Andrew no podía recurrir a los libros que tenía en busca de orientación. Eran viejos y la mayoría trataba sobre la talla de la madera, el arte y el diseño de muebles. No había ninguno sobre el lenguaje, ninguno sobre los modos de los seres humanos.

Fue entonces cuando consideró que debía buscar los libros apropiados; y pensó que, como robot libre que era, no debía recurrir a George. Iría a la ciudad y utilizaría la biblioteca. Fue una decisión triunfal y sintió claramente cómo se elevaba su electropotencial, hasta que tuvo que introducir la bobina de impedancia.

Se puso un traje completo, e incluso una cadena de madera en bandolera. Habría preferido el plástico reluciente pero George había dicho que la madera resultaba mucho más apropiada y que, además, el cedro pulido era mucho más valioso.

Había recorrido 30 metros desde su casa cuando una creciente resistencia le obligó a detenerse. Retiró la bobina de impedancia del circuito pero, como ello no pareció ayudarlo, regresó a casa y escribió claramente en una hoja de papel: «He ido a la biblioteca», dejándola en un lugar bien visible sobre su mesa de trabajo.

10

Andrew nunca consiguió llegar a la biblioteca. Estudió el mapa. Conocía el camino, pero no lo había recorrido nunca. Las señales reales no se parecían a los símbolos del mapa y empezó a titubear. Finalmente pensó que debía de haberse equivocado, pues todo le resultaba extraño.

Se cruzó con algún que otro robot de campo, pero cuando llegó a la conclusión de que sería preferible preguntar el camino, no había nadie a la vista. Pasó un vehículo pero no se detuvo. Se quedó allí indeciso, es decir tranquilamente inmóvil, hasta que vio a dos seres humanos que se dirigían hacia él a campo traviesa.

Se volvió hacia ellos, que cambiaron de dirección para acercarse a él. Un momento antes, estaban hablando en voz alta; él había oído sus voces; pero ahora guardaban silencio. Tenían aquella expresión que Andrew asociaba con la indecisión humana, y eran jóvenes, aunque no muy jóvenes. ¿Veinte, quizás? Andrew nunca sabía calcular la edad de los humanos.

—¿Podrían ustedes indicarme el camino de la biblioteca pública, señores? —les preguntó.

Uno de ellos, el más alto, cuyo sombrero alto le hacía parecer todavía más alto, de mayor altura, casi grotesco, dijo, sin dirigirse a Andrew, sino al otro.

—Es un robot.

El otro tenía una nariz gruesa y unos párpados abultados.

—Va vestido —dijo, sin dirigirse a Andrew, sino al otro.

El alto chasqueó los dedos.

—Se trata del robot libre. Los Charney tienen un robot que no es propiedad de nadie. Si va vestido, ¿qué otra cosa puede ser?

—Pregúntaselo —sugirió el de la gran nariz.

—¿Eres el robot de los Charney? —preguntó el alto.

—Soy Andrew Martin, señor —contestó Andrew.

—Bien. Quítate esa ropa. Los robots no van vestidos. —Luego, le dijo al otro—: Es vergonzoso. Míralo.

Andrew vaciló. Hacía tanto tiempo que no había oído una orden en aquel tono de voz que se produjeron unas momentáneas interferencias en sus circuitos de la Segunda Ley.

—Quítate la ropa —dijo el alto—. Te lo ordeno.

Despacio, Andrew empezó a quitársela.

—Déjalas ahí —dijo el alto.

—Si no pertenece a nadie, tanto podría ser nuestro como de cualquier otra persona —dijo el narigudo.

—Claro, ¿quién va a quejarse de lo que le hagamos? —observó el alto —. No atentamos contra la propiedad de nadie… —Y añadió dirigiéndose a Andrew—: Ponte cabeza ahajo.

—La cabeza no es para… —empezó a decir Andrew.

—Es una orden. Si no sabes hacerlo, inténtalo de todas formas.

Andrew volvió a vacilar, luego se agachó para poner la cabeza en el suelo. Trató de levantar las piernas, y cayó pesadamente.

—Pues quédate ahí tumbado —le dijo el alto. Y al otro—: ¿Por qué no lo desmontamos? ¿Has desmontado alguna vez un robot?

—¿Nos dejará?

—¿Cómo podría impedírnoslo?

Andrew no tenía forma de impedírselo, si le ordenaban que no opusiera resistencia de una manera lo suficientemente enérgica. La Segunda Ley de obediencia predominaba sobre la Tercera Ley de propia conservación. Además, no podía defenderse sin correr el riesgo de herirlos y ello habría significado incumplir la Primera Ley. Ante esta idea, se le contrajeron todas las unidades móviles y se estremeció.

El alto se acercó y le empujó con el pie.

—Es pesado. Creo que vamos a necesitar herramientas para hacer el trabajo.

—Podríamos ordenarle que se desmontase a sí mismo —dijo el de la nariz grande—. Sería divertido ver como lo intenta.

—Sí —dijo el alto pensativamente—, pero saquémoslo de la carretera. Si pasa alguien…

Era demasiado tarde. De hecho alguien pasó y se trataba de George. Andrew, desde donde estaba tumbado, lo había visto llegar a una pequeña pendiente a cierta distancia de él. Le habría gustado llamar su atención de alguna forma, pero la última orden había sido: ¡Quédate ahí tumbado!

George había echado a correr y llegó algo jadeante. Los dos jóvenes retrocedieron un poco y esperaron con aire meditabundo.

—Andrew, ¿ha pasado algo? —preguntó George ansiosamente.

—Estoy bien, George —contestó Andrew.

—Pues ponte de pie… ¿Qué ha pasado con tu ropa?

—¿Es tuyo este robot, amigo? —quiso saber el joven alto.

George se volvió con brusquedad.

—Este robot no es de nadie. ¿Qué ha pasado aquí?

—Le hemos pedido cortésmente que se quite la ropa. ¿Qué le importa a usted si el robot no es suyo?

—¿Qué estaban haciendo, Andrew?

—Tenían intención de desmontarme, de una forma u otra. Estaban a punto de llevarme a un lugar tranquilo y ordenarme que me desmontase yo mismo.

George miró a los dos hombres y su barbilla tembló. Los jóvenes no retrocedieron más. Sonreían. El alto dijo despectivamente:

—¿Qué vas a hacer, gordinflón? ¿Atacarnos?

—No. No me hará falta. Este robot lleva con mi familia más de setenta años. Nos conoce y nos aprecia más que a cualquier otra persona. Le diré que vosotros dos estáis amenazando mi vida y que tenéis previsto matarme. Le pediré que me defienda. Si tiene que escoger entre yo y vosotros dos, se inclinará por mí. ¿Sabéis que será de vosotros cuando os ataque?

Los dos hombres habían empezado a retroceder ligeramente, llenos de inquietud.

—Andrew, estoy en peligro y a punto de ser herido por estos jóvenes —dijo George en un tono áspero—. ¡Ve hacia ellos!

Así lo hizo Andrew, pero los dos jóvenes no esperaron. Echaron a correr como alma que lleva el diablo.

—Bien, Andrew, cálmate —dijo George que parecía trastornado. Hacía tiempo que le había pasado la edad de enfrentarse a la posibilidad de una reyerta con un hombre joven, y no digamos con dos.

—No habría podido hacerles daño, George —dijo Andrew—. Era consciente de que no te estaban atacando.

—Yo no te he mandado que los ataques; yo solo te he dicho que avanzarás hacia ellos. Su terror ha hecho el resto.

—¿Cómo pueden tener miedo de un robot?

—Es una enfermedad de la Humanidad, de la cual todavía no se ha curado. Pero dejemos eso. ¿Qué demonios estabas haciendo aquí, Andrew? Estaba a punto de volver atrás y alquilar un helicóptero cuando te he encontrado. ¿Cómo se te ha ocurrido ir a la biblioteca? Yo te habría llevado cualquier libro que necesitases.

—Yo soy un… —empezó Andrew.

—Robot libre. Sí, sí. Está bien, ¿qué quieres de la biblioteca?

—Quiero saber más sobre los seres humanos, sobre el mundo, sobre todo. Y sobre los robots, George. Quiero escribir una historia sobre los robots.

—Bien, vamos a casa… —dijo George—. Pero primero recoge tu ropa. Andrew, existen millones de libros sobre robótica y en todos ellos hay historias de la ciencia. El mundo empieza a estar saturado no solo de robots sino de información sobre robots.

Andrew sacudió la cabeza, un gesto humano que había aprendido a hacer últimamente.

—No me refiero a una historia de la robótica, George, sino a una historia de robots, escrita por un robot. Quiero explicar qué piensan los robots de todo lo ocurrido desde que se les empezó a dejar trabajar y vivir en la Tierra.

George levantó las cejas, pero no dijo nada.

11

La señorita pequeña acababa de cumplir 83 años, pero no había nada en ella que denotase falta de energía o determinación. Utilizaba su bastón más para gesticular con él que para apoyarse.

Escuchó la historia con furiosa indignación.

—George, es horrible —dijo—. ¿Quiénes eran esos jóvenes rufianes?

—No lo sé. ¿Pero eso qué importa? A fin de cuentas no hicieron daño alguno.

—Podían haberlo hecho. Tú eres abogado, George, y si tienes una posición acomodada, se debe enteramente al talento de Andrew. La base de todo lo que tenemos es el dinero que él ganó. Provee por la continuidad de tu familia y no quiero que lo traten como a un juguete de cuerda.

—¿Qué quieres que haga, madre? —preguntó George.

—Te he dicho que eres abogado. ¿No me has oído? Estableces un pleito de ensayo, obligas a los tribunales regionales a pronunciarse en favor de los derechos de los robots y vas a la Asamblea Legislativa para que apruebe las leyes necesarias; si es preciso, presentas todo el asunto al Tribunal Mundial. Yo no te perderé de vista, George, y no toleraré que eludas el problema.

Hablaba en serio, y lo que empezó como algo susceptible de calmar a la temible anciana, se convirtió en un complicado asunto con suficientes enredos legales como para hacerlo interesante. Como socio más antiguo de «Feingold y Charney», George urdía la estrategia a seguir, pero dejaba el trabajo rutinario a sus empleados más jóvenes, sobre todo a su hijo Paul, que también era socio de la compañía y, casi a diario, informaba debidamente a su abuela. Ella, a su vez, lo discutía cada día con Andrew.

Andrew estaba muy involucrado en el asunto. Había vuelto a dejar de lado el libro para estudiar larga y detenidamente los argumentos legales e incluso, a veces, lanzar alguna tímida sugerencia.

—George me dijo aquel día que los seres humanos siempre han tenido miedo de los robots —dijo Andrew—. Mientras sea así, es poco probable que los tribunales y las asambleas legislativas se pongan a trabajar seriamente en nombre de los robots. ¿No se podría hacer algo con respecto a la opinión pública?

De modo que mientras Paul estaba en los tribunales, George subió al escenario público. Le permitía mostrarse de forma informal e incluso llegó a veces a vestirse con el nuevo y holgado estilo de ropa que él llamaba colgaduras.

—Procura no tropezar en escena, papaíto —le decía Paul.

—Trataré de no hacerlo —contestaba George taciturno.

En una ocasión habló en la convención anual de editores de holoprensa y esto fue, en parte, lo que dijo:

—Si, en virtud de la Segunda Ley, podemos exigir de cualquier robot una obediencia ilimitada en todos los aspectos que no impliquen causar daño a un ser humano, entonces cualquier ser humano, repito, cualquier ser humano, cuenta con un poder espantoso sobre cualquier robot, cualquier robot. En particular, dado que la Segunda Ley prevalece sobre la Tercera Ley, cualquier ser humano puede utilizar la ley de la obediencia para anular la ley de la autoprotección. Puede ordenar a un robot que se dañe e incluso que se destruya por una razón cualquiera, o por ninguna razón.

»¿Acaso es justo? ¿Acaso trataríamos así a un animal? Hasta un objeto inanimado que nos ha dado un buen servicio tiene derecho a nuestra consideración. Además, un robot no es insensible; no es un animal. Puede pensar lo suficientemente bien como para ser capaz de hablarnos, razonar y hacer bromas con nosotros. ¿Acaso podemos tratarlos como amigos, acaso podemos trabajar con ellos, y no darles una parte del fruto de esta amistad, alguna ventaja de este trabajo conjunto?

»Si un hombre tiene el derecho de dar a un robot cualquier orden que no implique daño a un ser humano, debería tener la decencia de nunca dar a un robot una orden que supusiese daño para un robot, a menos que fuese

imprescindible por razones de seguridad humana. Mucho poder lleva consigo mucha responsabilidad, y si los robots tienen tres leyes para proteger a los hombres, ¿es demasiado pedir que los hombres cuenten con una o dos leyes para proteger a los robots?

Andrew había tenido razón. Fue la batalla librada con la opinión pública la que dio la clave a los tribunales y a la Asamblea Legislativa y, al final, se aprobó una ley según la cual se prohibía dar órdenes susceptibles de perjudicar a un robot. Existían infinitas limitaciones y las penas por infringir la ley eran totalmente inadecuadas, pero se había establecido el principio. La aprobación por parte de la Asamblea Legislativa mundial llegó el día de la muerte de la señorita pequeña.

Esto no fue una coincidencia. La señorita pequeña se aferró desesperadamente a la vida durante el último debate y no cejó hasta que se enteró de la victoria. Su última sonrisa fue para Andrew. Sus últimas palabras fueron:

—Nos has hecho mucho bien, Andrew.

Murió con su mano entre las de Andrew, mientras su hijo, su nuera y sus nietos permanecían a una respetuosa distancia.

12

Andrew esperó pacientemente mientras la recepcionista desaparecía en el despacho interior. Habría podido utilizar el hablador holográfico, pero resultaba indudablemente despersonalizado (o tal vez desrobotizado) tener que entenderse con otro robot en lugar de con un ser humano.

Andrew se entretuvo meditando sobre la cuestión. ¿Podía el término «desrobotizado» usarse como palabra análoga de «despersonalizado»? ¿O este último término se había apartado lo bastante de su significado literal original como para ser aplicado a los robots… O a las mujeres para el caso?

Cuando trabajaba en su libro sobre los robots acudían frecuentemente a su mente este tipo de problemas. Era indudable que el hábito de encontrar frases susceptibles de expresar todas las complejidades había ampliado su vocabulario.

De vez en cuando entraba alguien en la habitación para mirarlo y él no evitaba la mirada. Los miró a todos tranquilamente, y todos apartaron la vista.

Por fin llegó Paul Charney. Parecía sorprendido, o lo habría parecido si Andrew hubiese podido interpretar acertadamente su expresión. Paul había empezado a maquillarse intensamente, como dictaba la moda para ambos sexos, y, si bien ello destacaba y reforzaba los en cierta forma blandos rasgos de su rostro, Andrew no lo aprobaba. Había descubierto que desaprobar a los seres humanos, siempre y cuando no lo expresase verbalmente, no le producía turbación alguna. Podía incluso plasmar esta desaprobación sobre el papel. Estaba seguro de que no siempre había sido así.

—Entra, Andrew —dijo Paul—. Siento haberte hecho esperar pero tenía que terminar una cosa. Pasa. Me habías dicho que querías hablar conmigo, pero no sabía que quisieras hacerlo aquí, en la ciudad.

—Si estás ocupado, Paul, estoy dispuesto a seguir esperando.

Paul lanzó una mirada a la interacción de sombras oscilantes de la esfera que había en la pared y que servía de reloj, y dijo:

—Dispongo de un rato. ¿Has venido solo?

—He alquilado un automóvil.

—¿Has tenido algún problema? —preguntó Paul, con algo más que una ligera ansiedad en su voz.

—¿Por qué iba a tenerlo? Mis derechos están protegidos.

Ello pareció aumentar la ansiedad de Paul.

—Andrew, te he explicado que esta ley no se puede hacer cumplir, por lo menos en la mayoría de los casos… Y si insistes en ir vestido, acabarás metido en algún lío, como aquella vez.

—La primera y la última, Paul. Siento verte disgustado.

—Bien, míralo de esta forma, tú eres prácticamente una leyenda viviente, Andrew, y eres demasiado valioso en muchos y diferentes aspectos para que tengas el derecho de correr riesgos… ¿Cómo va tu libro?

—Lo estoy terminando, Paul. El editor está bastante contento.

—¡Estupendo!

—Ignoro si está necesariamente contento con el libro en sí. Creo que espera vender muchos ejemplares porque está escrito por un robot y es esto lo que le gusta.

—Me temo que eso es muy humano.

—A mí no me importa. Desde el momento que ello significará dinero y a mí me tocará una parte, el motivo es lo de menos.

—Pero la abuela te dejó…

—La señorita pequeña fue generosa y sé que puedo contar con la familia para lo que necesite, pero confío en los derechos de autor del libro para dar el próximo paso.

—¿Cuál es ese próximo paso?

—Quiero ver al director de «U.S. Robots and Mechanical Men Corporation». He tratado de obtener una cita con él, pero hasta el momento me ha sido imposible contactarlo. La compañía no ha

colaborado conmigo en la confección del libro, de modo que no me sorprende, ¿comprendes?

El regocijo de Paul era evidente.

—Colaboración es lo último que puedes esperar. No cooperaron con nosotros en nuestra gran batalla por los derechos de los robots; todo lo contrario y tú sabes por qué. Unos robots con derechos supone la posibilidad de que la gente no quiera comprarlos.

—No obstante —dijo Andrew—, es posible que llamando tú, consiguieses esa entrevista para mí.

—No soy más popular entre ellos que tú, Andrew.

—Pero podrías insinuarles que recibiéndome podrían evitar una campaña de «Feingold y Charney» para consolidar todavía más los derechos de los robots.

—¿Eso no sería mentir, Andrew?

—Sí, Paul, pero yo no puedo hacerlo. Por eso debes llamar tú.

—Ah, tú no puedes mentir, pero puedes instarme a hacerlo, ¿no es así? Cada vez eres más humano, Andrew.

13

No fue fácil concertar la entrevista, a pesar del peso que supuestamente tenía el nombre de Paul.

Pero finalmente se consiguió y, cuando se celebró, Harley Smythe-Robertson que, por línea materna, era descendiente del fundador de la empresa y había decidido unir los dos apellidos para dejar constancia de ello, no disimuló su descontento. Se acercaba a la jubilación y había dedicado todo su mandato como presidente al asunto de los derechos de los robots. Sus finos y grises cabellos estaban pegados a la coronilla, no iba maquillado y de vez en cuando lanzaba breves miradas hostiles a Andrew.

—Señor, hace casi un siglo, un tal Merton Mansky de esta compañía me dijo que las matemáticas que regulan el trazado de los circuitos positrónicos eran demasiado complejas para permitir otra cosa que no fuesen soluciones aproximadas y que, por consiguiente, mis capacidades no podían predecirse completamente.

—Esto fue hace un siglo… —Smythe-Robertson titubeó, luego añadió en un tono glacial—: *Señor*. Es una verdad que ya no se puede aplicar. Ahora nuestros robots están realizados con precisión y preparados únicamente para su trabajo.

—Sí —intervino Paul que había acompañado a Andrew, según sus palabras, para asegurarse de que la compañía jugaba limpio—, con el resultado de que debemos orientar a la recepcionista del despacho cada vez que un acontecimiento se aparta de lo convencional, aunque sea ligeramente.

—Sin duda le molestaría mucho más que improvisase —replicó Smythe-Robertson.

—Ya no fabrican robots flexibles y adaptables como yo —dijo Andrew.

—No, ya no.

—El estudio que he llevado a cabo relacionado con mi libro indica que soy el robot más viejo actualmente en operación activa —dijo Andrew.

—El más viejo actualmente y el más viejo de la historia. El más viejo que jamás existirá. Ningún robot resulta de utilidad después de los veinticinco años de existencia. Los hacemos volver y los sustituimos por modelos nuevos.

—Tal y como se fabrican hoy en día, ningún robot sirve pasados los veinticinco años —dijo Paul en un tono cortés—. Andrew es un caso excepcional.

—Como el robot más viejo y más flexible del mundo —dijo Andrew, siguiendo el guion que había preparado—, ¿no soy lo bastante excepcional como para merecer un tratamiento especial por parte de la compañía?

—En absoluto —replicó Smythe-Robertson fríamente—. Es precisamente su carácter excepcional lo que molesta a la compañía. De haber sido alquilado, en lugar de vendido por un desgraciado azar, habría sido sustituido hace tiempo.

—Ahí está precisamente el quid de la cuestión —dijo Andrew—. Yo soy un robot libre y soy mi propio dueño. Por consiguiente vengo aquí y les pido que me reemplacen. No pueden hacerlo sin el consentimiento del propietario. Actualmente, este consentimiento es una condición exigida en el contrato de alquiler, pero en mi época no era así.

Smythe-Robertson estaba a la vez desconcertado y asombrado, y reinó el silencio un momento. Andrew se puso a mirar una holografía que había en la pared. Era una máscara mortuoria de Susan Calvin, santa patrona de todos los expertos en robótica. Hacía casi dos siglos que había muerto, pero como resultado del libro que estaba escribiendo Andrew había llegado a saber tanto de ella que habría afirmado haberla conocido en vida.

—¿Cómo puedo reemplazarlo a usted por usted? —dijo Smythe-Robertson—. Si le sustituyo como robot, ¿cómo podré entregarle un nuevo robot dado que en el mismo acto de la sustitución usted dejará de existir? —Sonrió macabramente.

—No es tan difícil —intervino Paul—. La base de la personalidad de Andrew es su cerebro positrónico, que es la parte que no puede ser

remplazada sin crear un nuevo robot. Por consiguiente el cerebro positrónico es Andrew, el propietario. Todas las demás partes del cuerpo robótico se pueden sustituir sin que ello afecte a la personalidad del robot, y estas otras partes son posesión del cerebro. Yo diría que Andrew quiere proporcionar a su cerebro un nuevo cuerpo robótico.

—Exactamente —dijo Andrew sin perder la calma. Se volvió hacia Smythe-Robertson—. Ustedes han fabricado androides, ¿no es así? ¿Robots que tienen una apariencia exterior de humanos, hasta en la textura de la piel?

—Sí, así es —dijo Smythe-Robertson—. Funcionaban perfectamente bien, la piel y los tendones eran de fibra sintética. No había prácticamente metal, salvo en el cerebro, sin embargo eran casi tan resistentes como los robots metálicos. Peso por peso, incluso más resistentes.

—No lo sabía —dijo Paul, con interés—. ¿Cuántos hay en el mercado?

—Ninguno —dijo Smythe-Robertson—. Salían mucho más caros que los modelos de metal y una investigación de mercado mostró que no serían aceptados. Tenían un aspecto demasiado humano.

—Pero supongo que la compañía cuenta con los conocimientos técnicos —replicó Andrew—. En caso afirmativo, yo deseo pedir que se me sustituya por un robot orgánico, un androide.

—¡Dios santo! —exclamó Paul sorprendido.

Smythe-Robertson se puso rígido.

—¡Eso es completamente imposible!

—¿Por qué es imposible? —quiso saber Andrew—. Por supuesto pagaré el precio que se me pida, siempre y cuando sea razonable.

—Nosotros no fabricamos androides —dijo Smythe-Robertson.

—Ustedes han decidido no fabricar androides —se apresuró a intervenir Paul—. Que es algo muy diferente que no poder fabricarlos.

—En cualquier caso, la fabricación de androides es contraria a la política pública.

—No hay ninguna ley que lo prohíba —dijo Paul.

—Sea como sea, nosotros no los fabricamos, y no tenemos intención de hacerlo.

—Señor Smythe-Robertson —empezó a decir Paul después de haberse aclarado la garganta—, Andrew es un robot libre que está bajo la

protección de la ley que garantiza los derechos de los robots. Supongo que es usted consciente de ello.

—Demasiado.

—Este robot, como robot libre que es, ha decidido llevar ropa. Ello tiene como resultado que algunos seres humanos desaprensivos lo humillen frecuentemente, a pesar de la ley contra la humillación de los robots. No es fácil procesar unos delitos vagos que por regla general no cuentan con la desaprobación de quienes deben decidir la culpabilidad o inocencia.

—«U.S. Robots» ha comprendido esto desde el principio. Desgraciadamente, la compañía de su padre no lo vio.

—Ahora mi padre está muerto, pero yo veo que tenemos aquí un claro delito perpetrado contra un blanco determinado.

—¿De qué está hablando? —quiso saber Smythe-Robertson.

—De mi cliente, de Andrew Martin… pues acaba de convertirse en mi cliente… de mi cliente que es un robot libre con derecho a pedir a «U.S. Robots and Mechanical Men Corporation» que lo sustituya, cosa que esta compañía hace con cualquiera que haya tenido un robot por más de veinticinco años. De hecho, la compañía insiste en esta sustitución.

Paul sonreía y estaba completamente a sus anchas.

—El cerebro positrónico de mi cliente —prosiguió— es el propietario del cuerpo de mi cliente, que tiene indudablemente más de veinticinco años. El cerebro positrónico pide la sustitución del cuerpo y se ofrece a pagar cualquier precio, siempre que este sea razonable, por un cuerpo androide a cambio. Si usted rechaza esta petición, mi cliente sufrirá una humillación y presentaremos una demanda.

»Si bien es cierto que lo normal es que la opinión pública no apoye la reivindicación de un robot en un caso como este, me permito recordar que «U.S. Robots» no goza de la simpatía del gran público. Incluso quienes más utilizan y más provecho sacan a los robots se muestran suspicaces con respecto a esta compañía. Puede tratarse de una reminiscencia de la época en que el temor a los robots estaba generalizado. Puede tratarse de un resentimiento para con el poder y la riqueza de «U.S. Robots» que cuenta con un monopolio mundial. Sea cual sea la causa, el resentimiento es un hecho y creo que se dará usted cuenta de que es preferible no enfrentarse a

un pleito, sobre todo dado que mi cliente es rico, vivirá muchos siglos más y no tiene motivo para dejar de luchar indefinidamente.

Smythe-Robertson se había ido poniendo ligeramente colorado.

—Está usted tratando de obligarme a…

—Yo no le estoy obligando a nada —intervino Paul—. Si su deseo es no acceder a la razonable petición de mi cliente, tiene usted todo el derecho de hacerlo y nosotros nos marcharemos sin añadir una sola palabra… Pero presentaremos una demanda porque tenemos pleno derecho a ello, y puede estar seguro de que al final perderán ustedes.

—Bien… —dijo Smythe-Robertson, y se interrumpió.

—Ya veo que va usted a acceder —dijo Paul—. Es posible que titubee pero acabará accediendo. Así que déjeme añadir algo. Sí, en el curso de la transferencia del cerebro positrónico de mi cliente de su cuerpo actual a uno orgánico, se produce algún daño, por muy pequeño que sea, puedo asegurarle que no descansaré hasta que haya acabado con la compañía. Si un solo circuito de la esencia cerebral de platino e iridio de mi cliente sufre un solo rasguño, haré todo lo posible para movilizar a la opinión pública contra esta compañía. —Se volvió hacia Andrew—: ¿Estás de acuerdo con todo lo que he dicho, Andrew?

Andrew estuvo titubeando un minuto largo. Ello suponía estar de acuerdo con la mentira, el chantaje, el acoso y la humillación de un ser humano. Pero no había daño físico, se dijo para sus adentros, no había daño físico.

Finalmente consiguió emitir un «sí» bastante débil.

14

Fue como haber sido construido de nuevo. Durante días, semanas e incluso meses, Andrew se sintió como si de alguna forma no fuera él, y las acciones más sencillas suscitaban vacilación.

Paul estaba frenético.

—Te han estropeado, Andrew. Vamos a tener que presentar una demanda.

—No debes hacerlo —dijo Andrew hablando muy despacio—. Nunca podrás demostrar… cómo se dice… m-m-m-m…

—¿Mala fe?

—Mala fe. Además, cada vez estoy más fuerte, voy mejorando. Es el tr-tr…

—¿Tratamiento?

—El trauma. Al fin y al cabo, nunca se había realizado una op-op-op como esta antes.

Andrew percibía su cerebro desde dentro. Nadie más podía hacerlo. Sabía que estaba bien y durante los meses que necesitó para aprender toda la coordinación y toda la interacción positrónica, se pasó horas delante del espejo.

¡No era completamente humano! La cara era rígida, demasiado rígida, y los movimientos excesivamente lentos. Carecían de aquel flujo despreocupado propio de los seres humanos, pero tal vez ello llegará con el tiempo. Por lo menos podía llevar ropa sin la ridícula anomalía de un rostro de metal acompañando aquella.

—Voy a volver a trabajar —anunció un día.

—Esto significa que estás bien —dijo Paul riéndose—. ¿Qué vas a hacer? ¿Otro libro?

—No —contestó Andrew con toda seriedad—. Vivo demasiado para que una sola carrera se aferre a mí para no soltarme nunca más. Hubo una época en que fui sobre todo artista y podría volver a serlo. Luego hubo un tiempo en que fui historiador y podría hacerlo de nuevo. Pero ahora quiero ser robobiólogo.

—Quieres decir robopsicólogo.

—No. Ello implicaría el estudio de los cerebros positrónicos y por el momento no deseo hacerlo. En mi opinión, el trabajo de un robobiólogo debería consistir en estudiar el funcionamiento del cuerpo unido al cerebro.

—¿No es esto el trabajo del experto en robótica?

—El experto en robótica trabaja con un cuerpo de metal. Yo estudiaría un cuerpo humanoide orgánico, del cual, que yo sepa, yo tengo el único existente.

—Estás limitando tu campo de acción —dijo Paul pensativamente—. Como artista, cuentas con toda la concepción del arte; como historiador, tratas principalmente de robots; como robobiólogo, solo te ocuparás de ti mismo.

—Así parece —dijo Andrew con un gesto de asentimiento.

Andrew tuvo que empezar desde el principio, pues no tenía ningún conocimiento sobre biología corriente, y casi nada sobre ciencia. Se convirtió en una presencia familiar en las bibliotecas, donde pasaba horas enteras ante los índices electrónicos, con una apariencia completamente normal vestido como los humanos. Las pocas personas que sabían que era un robot no se metían en absoluto con él.

Construyó un laboratorio en una habitación que añadió a su casa; y también su biblioteca se amplió.

Pasaron los años y un día llegó Paul y le dijo:

—Es una lástima que ya no trabajes en la historia de los robots. He oído decir que «U. S. Robots» está adoptando una política radicalmente nueva.

Paul había envejecido y sus cansados ojos habían sido remplazados por células fotópticas. En este aspecto, se había aproximado a Andrew.

—¿Qué han hecho?

—Están fabricando ordenadores centrales, cerebros positrónicos gigantescos, de verdad, que se comunican con robots mediante microondas, de una docena a miles de robots. Los robots propiamente dichos carecen de cerebro. Son las extremidades de un cerebro gigantesco, y ambos están físicamente separados.

—¿Existe así mayor eficacia?

—«U.S. Robots» afirma que así es. Smythe-Robertson dio las instrucciones pertinentes antes de morir, sin embargo, yo creo que se trata de una reacción vengativa contra ti. «U.S. Robots» ha decidido no hacer más robots susceptibles de causarles los problemas que tú has suscitado, y por esta razón separan cerebro y cuerpo. El cerebro no tendrá un cuerpo que quiera cambiar y el cuerpo no contará con un cerebro que inspire deseo alguno.

»Es increíble, Andrew —prosiguió Paul—, lo mucho que has influido en la historia de los robots. Fue tu talento artístico lo que impulso a «U.S. Robots» a hacer unos robots más precisos y especializados; fue tu libertad lo que se tradujo en el establecimiento de los principales derechos de los robots; ha sido tu insistencia en un cuerpo androide lo que ha llevado a «U.S. Robots» a separar el cerebro del cuerpo.

—Supongo que la compañía acabará produciendo un enorme cerebro que controle miles de millones de cuerpos robóticos —dijo Andrew—. Todos los huevos estarán en el mismo cesto. Es peligroso. No es nada conveniente.

—Creo que tienes razón —dijo Paul—, pero supongo que ello no ocurrirá hasta dentro de por lo menos un siglo y yo no estaré con vida para verlo. En realidad, podría estar muerto el año que viene.

—¡Paul! —exclamó Andrew preocupado.

Paul se encogió de hombros.

—Somos mortales, Andrew. No somos como tú. No tiene demasiada importancia, pero es importante que tú estés seguro en un aspecto. Yo soy el último de los Charney. Existen descendientes colaterales de mi tía abuela, pero ellos no cuentan. El dinero que yo controlo personalmente será dejado al fideicomiso que está a tu nombre y, hasta donde puede preverse el futuro, tendrás asegurada la parte económica.

—No es necesario —dijo Andrew con voz quebrada. En todos aquellos montones de años, no había conseguido acostumbrarse a las muertes de los Charney.

—No discutamos —dijo Paul—. Se hará de esta forma. ¿En qué estás trabajando?

—Estoy diseñando un sistema para que los androides, es decir yo mismo, puedan obtener energía de la combustión de hidrocarburos, en lugar de hacerlo de las células atómicas.

Paul levantó las cejas.

—¿Para que puedan respirar y comer?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que llevas adelante este proyecto?

—Hace mucho tiempo, pero creo que ahora he logrado diseñar una adecuada cámara de combustión para un análisis catalizado y controlado.

—¿Pero por qué, Andrew? La célula atómica es sin duda muchísimo mejor.

—En ciertos sentidos, quizá, pero la célula atómica es inhumana.

15

Hizo falta tiempo, pero Andrew lo tenía. En primer lugar, no quería hacer nada hasta que Paul muriese en paz.

Cuando falleció el bisnieto del señor, Andrew se sintió más expuesto al mundo hostil y, por esta razón, estaba más decidido que antes a seguir el camino que hacía tiempo había escogido.

Sin embargo no estaba completamente solo. Si bien era cierto que había muerto el hombre, la compañía «Feingold y Charney» seguía con vida pues, al igual que los robots, una compañía no moría. La empresa tenía sus instrucciones y las seguía de forma mecánica. Por mediación del fideicomiso y del bufete, Andrew seguía siendo acaudalado. Y, a cambio de los generosos honorarios anuales, «Feingold y Charney» se ocupó de los aspectos legales de la nueva cámara de combustión.

Cuando a Andrew le llegó el momento de visitar «U.S. Robots and Mechanical Men Corporation», lo hizo solo. Una vez había acudido con el señor y en otra ocasión con Paul. Aquella vez, la tercera, estaba solo, y con aspecto humano.

«U.S. Robots» había cambiado. La planta de producción había sido trasladada a una enorme estación espacial, como estaba ocurriendo con un número creciente de industrias. Con ellas se habían ido muchos robots. La propia Tierra estaba empezando a parecer un parque; su población se había estabilizado en mil millones de personas, y posiblemente no más del treinta por ciento de su población de robots, como mínimo en número igual a los humanos, contaba con cerebros independientes.

El director de Investigación era Alvin Magdescu. Era un hombre de piel y cabello oscuros, con una barbita puntiaguda y vestido únicamente de

cintura para abajo, a excepción de una banda alrededor del pecho como dictaba la moda. Andrew, por su parte, iba completamente cubierto, siguiendo la anticuada moda de muchas décadas atrás.

—Por supuesto que sé quién es —dijo Magdescu—, y estoy muy contento de conocerlo personalmente. Usted es nuestro producto más notorio y es una lástima que el viejo Smythe-Robertson estuviera mal dispuesto con respecto a usted. Habríamos podido hacer grandes cosas con usted.

—Todavía pueden hacerlas —replicó Andrew.

—No, no creo. Nos ha pasado el momento. Hemos tenido robots en la Tierra durante más de un siglo, pero las cosas están cambiando. Habrá que volver a llevarlos al espacio y los que se queden no tendrán cerebro.

—Pero estoy yo, y yo me quedo en la Tierra.

—Es cierto, pero no parece quedar mucho del robot en usted. ¿Qué se le ofrece ahora?

—Quisiera ser todavía menos robot. Dado que ya soy orgánico, me gustaría una fuente orgánica de energía. Aquí está el proyecto…

Magdescu no se limitó a echarle una ojeada. Tal vez esa había sido su primera intención, pero se enderezó y se absorbió en su lectura.

—Es notablemente ingenioso —dijo en un momento dado—. ¿Quién ha concebido esto?

—Yo —contestó Andrew.

Magdescu lo miró de forma penetrante, luego dijo:

—Ello significaría una completa transformación de su cuerpo, y una transformación experimental, dado que no se ha hecho nunca. Mi consejo es que lo olvide. Quédese como está.

El rostro de Andrew tenía medios limitados de expresión, pero la impaciencia se reflejó claramente en su voz.

—Doctor Magdescu, creo que no ha entendido. No pueden hacer otra cosa más que acceder a mi petición. Si se pueden introducir estos mecanismos en mi cuerpo, también podrán implantarse en los cuerpos humanos. Es de todos conocido la tendencia actual a alargar la vida mediante mecanismos protésicos. No existen mecanismos mejores que los que yo he diseñado y estoy diseñando.

»El caso es que controlo las patentes a través de la compañía «Feingold and Charney». Podemos perfectamente iniciar este negocio por nuestra cuenta y desarrollar el tipo de mecanismos protésicos que acabarán produciendo seres humanos con muchas de las propiedades de los robots. Ello no beneficiará a su negocio.

»Si, por el contrario, me hacen ahora esta operación y acceden a repetirla en circunstancias similares en el futuro, tendrán autorización para hacer uso de las patentes y controlar la técnica tanto de los robots como de la protesización de los seres humanos. Por supuesto el alquiler inicial no estará garantizado hasta que se haya realizado la primera operación con éxito y después de que haya transcurrido el tiempo suficiente para demostrar que ha sido realmente un éxito.

Andrew apenas se sintió inhibido por la Primera Ley a pesar de las duras condiciones que estaba imponiendo a un ser humano. Estaba empezando a comprender que aquello que parecía una crueldad podía, a largo plazo, ser una amabilidad.

Magdescu parecía desconcertado.

—Yo no puedo tomar una decisión —dijo—. Se trata de una decisión del consejo que exigirá cierto tiempo.

—Puedo esperar un tiempo razonable, pero únicamente un tiempo razonable —dijo Andrew, mientras pensaba satisfecho que el propio Paul no habría podido hacerlo mejor.

16

No hizo falta más que un tiempo razonable, y la operación fue un éxito.

—Yo era totalmente contrario a la operación, Andrew, pero no por las razones que tú piensas —dijo Magdescu—. Si se hubiese tratado de cualquier otro, no me habría opuesto mínimamente al experimento. Ahora que tus circuitos positrónicos actúan recíprocamente con unos circuitos nerviosos simulados, podría resultar difícil rescatar el cerebro intacto si algo le ocurre al cuerpo.

—Mi confianza en la eficacia del equipo de «U. S. Robots» era completa —dijo Andrew—. Y ahora puedo comer.

—Bien, puedes sorber aceite de oliva. Significara limpiar de vez en cuando la cámara de combustión, como ya te hemos explicado. Supongo que debe de ser un proceso bastante desagradable.

—Es posible, si no tuviera la esperanza de conseguir más. La autolimpieza no es imposible. De hecho, estoy trabajando en un mecanismo para alimentos sólidos que puedan contener pequeñas porciones incombustibles… por decirlo de alguna manera, materia imposible de digerir que deberá ser desechada.

—Tendrías entonces que fabricar un ano.

—Su equivalente.

—¿Y qué más, Andrew?

—Todo lo demás.

—¿También órganos genitales?

—Siempre y cuando ello encaje en mis planes. Mi cuerpo es un lienzo sobre el cual tengo la intención de dibujar…

Magdescu esperó que terminase la frase y, cuando se dio cuenta de que no sería así, lo hizo él mismo.

—¿Un hombre?

—Ya veremos —contestó Andrew.

—Es una ambición muy pobre, Andrew. Tú eres mejor que un hombre. Has ido hacia abajo desde el momento que optaste por volverte orgánico.

—Mi cerebro no se ha visto afectado.

—No, en efecto. Puedo garantizártelo. Pero, Andrew, todo el nuevo progreso en mecanismos protésicos, posible gracias a tus patentes, se está comercializando bajo tu nombre. Se te reconoce como su inventor y se te honra por ello… tal y como eres. ¿Por qué sigues jugando con tu cuerpo?

Andrew no contestó.

Llegaron los honores. Aceptó ser miembro de varias sociedades de eruditos, incluida una dedicada a la nueva ciencia que él había creado; la que él había llamado robobiología pero que había acabado designándose protesiología.

En el sesquicentenario de su construcción, hubo una cena homenaje en su honor en «U.S. Robots». Si Andrew vio alguna ironía en ello, se lo guardó para él.

Alvin Magdescu abandonó su retiro para presidir la cena. Tenía noventa y cuatro años y estaba con vida porque tenía unos mecanismos protésicos que, entre otras cosas, hacían las funciones de hígado y de los riñones. La cena alcanzó su punto culminante cuando Magdescu, después de un corto y emotivo discurso, levantó su vaso para brindar por «el robot sesquicentenario».

Andrew se había hecho volver a dibujar los nervios del rostro, hasta el punto de poder mostrar una serie de emociones, pero permaneció solemnemente pasivo durante toda la ceremonia. No le gustaba ser un robot sesquicentenario.

17

Fue finalmente la protesiología lo que hizo que Andrew saliese de la Tierra. Durante las décadas que siguieron a la celebración de su sesquicentenario, la Luna había llegado a ser un mundo más terrestre que la propia Tierra en todos los aspectos, salvo en su fuerza gravitatoria, y en sus ciudades subterráneas vivía una población bastante densa.

Allí, había que tener en cuenta que los mecanismos protésicos contasen con la menor gravedad posible y Andrew se pasó cinco años en la Luna trabajando con los protesiólogos locales a fin de llevar a cabo las adaptaciones necesarias. Cuando no estaba trabajando en esto, alternaba con la población de robots, y todos ellos lo trataban con la obsequiosidad que los robots deben al hombre.

Regresó a una Tierra tranquila y sin interés en comparación, y fue a visitar las oficinas de «Feingold y Charney» para anunciar su regreso.

El entonces director de la compañía, Simon DeLong, se llevó una sorpresa.

—Habíamos oído que volvías, Andrew —empezó a decir, y estuvo a punto de decir «señor Martin»—, pero no te esperábamos hasta la semana que viene.

—Estaba impaciente por volver —dijo Andrew con brusquedad, pues su único objetivo era abordar el asunto que le interesaba—. En la Luna, Simon, yo era el responsable de un equipo de investigación formado por veinte científicos humanos. Daba órdenes que nadie discutía. Los robots lunares me trataban con la misma condescendencia que adoptarían con un ser humano. ¿Por qué, entonces, no soy un ser humano?

Una mirada cautelosa apareció en los ojos de DeLong.

—Mi querido Andrew, como acabas de decir, tanto los robots como los seres humanos te tratan como a un hombre. Por consiguiente eres un ser humano *de facto*.

—No es suficiente ser un hombre *de facto*. No solo quiero que me traten como a un ser humano, sino que se me identifique legalmente como tal. Quiero ser un ser humano *de jure*.

—Esto es algo muy distinto —replicó DeLong—. Aquí chocaríamos con los prejuicios humanos y con el hecho indudable de que, por mucho que puedas parecerte a un ser humano, no eres un ser humano.

—¿En qué sentido no lo soy? —quiso saber Andrew—. Tengo la configuración de un ser humano y unos órganos equivalentes a los de un ser humano. De hecho, mis órganos son idénticos a alguno de los que hay en un ser humano protesizado. Yo he contribuido artística, literaria y científicamente a la cultura humana tanto como cualquier ser humano actualmente con vida. ¿Qué más puede pedírseme?

—Yo no te pediría nada más. El problema está en que sería preciso un decreto de la Asamblea Legislativa mundial según el cual se te definiese como un ser humano. Y francamente, no creo que esto sucediese.

—¿Con quién podría hablar de la Asamblea?

—Quizá con el presidente del Comité de Ciencia y Tecnología.

—¿Puedes concertarme una cita?

—Pero si tú no necesitas intermediarios. Con tu categoría, puedes…

—No. Hazlo tú. —(A Andrew no se le ocurrió que estaba dando una orden tajante a un ser humano. Se había acostumbrado a ello en la Luna) —. Quiero que sepa que «Feingold y Charney» me respaldará incondicionalmente.

—Bien, escucha…

—Incondicionalmente, Simon. En ciento setenta y tres años he contribuido, de una manera u otra, grandemente al éxito de esta compañía. En tiempos pasados, tuve una obligación para con algunos miembros individuales de esta compañía. Ahora no es así. Es más bien todo lo contrario y reclamo mis derechos.

—Haré lo que pueda —dijo DeLong.

18

La presidente, pues era una mujer, del Comité de Ciencia y Tecnología era de Asia oriental. Se llamaba Chee Li-Hsing y sus prendas transparentes (oscureciendo lo que ella quería oscurecer solo mediante su brillo) hacían que pareciese envuelta en plástico.

—Simpatizo con su deseo de obtener plenos derechos humanos. Ha habido épocas en la historia en que ciertos segmentos de la población humana luchaban por unos plenos derechos humanos. Sin embargo, ¿qué puede usted desear que ya no tenga?

—Una cosa tan simple como mi derecho a la vida. Un robot puede ser desmontado en cualquier momento.

—Un ser humano puede ser ejecutado en cualquier momento.

—La ejecución solo puede tener lugar después de un debido proceso judicial. Para desmontarme a mí no se requiere un juicio. Además, además… —Andrew trató desesperadamente de no mostrar ningún signo de súplica, pero sus cuidadosamente diseñados rasgos de expresión humana y el tono de voz lo delataban—. Lo cierto es que quiero ser un hombre. Lo he deseado durante seis generaciones de seres humanos.

Li-Hsing lo miró con unos ojos oscuros llenos de benevolencia.

—La Asamblea Legislativa puede aprobar una ley que lo declare… podría aprobar una ley declarando que una estatua de piedra sea definida como un hombre. Sin embargo, que así lo haga es tan improbable en el primer como en el segundo caso. Los diputados son tan humanos como el resto de la población y sigue existiendo aquel elemento de suspicacia con respecto a los robots.

—¿Incluso ahora?

—Incluso ahora. Todos reconoceríamos el hecho de que se ha ganado usted el premio de la Humanidad, sin embargo subsistiría el temor de sentar un precedente indeseable.

—¿Qué precedente? Yo soy el único robot libre, el único de mi clase, y nunca habrá otro. Puede usted consultarlo con «U. S. Robots».

—«Nunca» es mucho tiempo, Andrew… o, si lo prefiere, señor Martin, pues le daré gustosa mi espaldarazo personal como hombre. Descubrirá que la mayoría de los diputados no estará dispuesta a sentar este precedente, por poco sentido que pueda tener este precedente. Señor Martin, cuenta con mi simpatía, pero no puedo decirle que albergue esperanza alguna. Por el contrario…

Se reclinó contra el respaldo de la silla y su frente se arrugó.

—Por el contrario, si el asunto se pone demasiado caliente, puede surgir, tanto dentro como fuera de la Asamblea Legislativa, la idea de desmontarlo, como ha mencionado antes. Deshacerse de usted podría resultar el modo más fácil de resolver el dilema. Considérelo antes de decidir llevar el asunto adelante.

—¿Nadie recordará la técnica de la protesiología, algo que es casi mío por completo?

—Tal vez le parezca cruel, pero no lo recordarán. O si lo hacen, será recordado contra usted. Se dirá que lo hizo solo en su propio beneficio. Se dirá que formaba parte de una campaña destinada a robotizar seres humanos, o para humanizar robots; y en ambos casos será funesto y cruel. Usted nunca ha participado en una odiosa campaña política, señor Martin, pero yo puedo decirle que será usted objeto de un tipo de vilipendio al que ni usted ni yo daríamos crédito, y habrá gente que se lo creerá todo… Señor Martin, viva tranquilo.

Se levantó y, junto a la figura sentada de Andrew, parecía pequeña y casi infantil.

—Si decido luchar por mi humanidad, ¿estará de mi lado? —dijo Andrew.

—Estaré de su lado… hasta donde pueda —contestó ella después de pensar un momento—. Si en cualquier momento esta posición pudiese amenazar mi futura carrera política, es posible que lo abandone, pues no

considero que sea un problema que esté en las mismísimas raíces de mis creencias. Estoy tratando de ser honesta con usted.

—Gracias, no le pido nada más. Tengo la intención de llevar esta lucha a sus últimas consecuencias, y le pediré ayuda solo en la medida en que pueda proporcionármela.

19

No fue una lucha directa. «Feingold y Charney» aconsejaron paciencia y Andrew murmuró tristemente que tenía una reserva inagotable de ella. «Feingold y Charney» inició una campaña destinada a limitar y restringir el área del combate.

Interpuso una demanda negando la obligación de pagar unas deudas a un individuo con un corazón protésico alegando que la posesión de un órgano robótico suprimía la humanidad, y con ello los derechos constitucionales de los seres humanos.

Libraron la batalla con habilidad y tenacidad, perdiendo en cada paso pero siempre de una forma que obligaba a que la decisión fuese lo más amplia posible, y presentando luego esta, en forma de apelaciones, al Tribunal Mundial.

Hicieron falta años, y millones de dólares.

Cuando llegó la decisión final, DeLong celebró lo que se podría llamar la victoria por la causa legal perdida. Andrew, por supuesto, estaba en las oficinas de la compañía en aquella ocasión.

—Hemos conseguido dos cosas, y ambas son positivas —dijo DeLong —. En primer lugar, hemos establecido el hecho de que por muchos artefactos que haya en un cuerpo humano este no deja de ser un cuerpo humano. En segundo lugar, hemos logrado involucrar de tal forma a la opinión pública que no ha tenido más remedio que inclinarse ferozmente por una interpretación amplia de la humanidad, pues no hay un solo ser humano hoy en día que no confíe en las prótesis si ello significa mantenerlo con vida.

—¿Y crees que ahora la Asamblea Legislativa me otorgará la humanidad? —quiso saber Andrew.

DeLong parecía estar algo incómodo.

—En cuanto a esto, no puedo ser optimista. Sigue estando el órgano que el Tribunal Mundial ha utilizado como criterio de Humanidad. Los seres humanos tienen un cerebro celular orgánico y los robots tienen un cerebro positrónico de platino e iridio, cuando lo tienen… y como todos sabemos tú tienes un cerebro positrónico… No, Andrew, no me mires así. Carecemos de los conocimientos para repetir el funcionamiento de un cerebro celular en unas estructuras artificiales lo bastante parecidas al tipo orgánico como para que ello incline la decisión del tribunal. Ni siquiera tú podrías hacerlo.

—¿Qué debemos hacer?

—Intentarlo, por supuesto. La diputada Li-Hsing y un número creciente de diputados estarán de nuestro lado. En este asunto, el presidente estará indudablemente de acuerdo con la mayoría de los miembros de la Asamblea Legislativa.

—¿Contamos con la mayoría?

—No, ni mucho menos. Pero podríamos conseguirla si el gran público permite que su deseo de una interpretación amplia del concepto de humanidad se extienda a ti. Una pequeña probabilidad, lo confieso, pero si no quieres renunciar, tenemos que apostar por ella.

20

La diputada Li-Hsing era mucho más vieja que cuando Andrew la había conocido. Hacía tiempo que había desaparecido su ropa transparente. Llevaba el pelo cortado al rape y se vestía con ropa tubular. Andrew, por su parte, seguía aferrado, en la medida que le era posible dentro de los límites del buen gusto, al estilo de ropa que prevalecía cuando había empezado a vestirse un siglo antes.

—Hemos llegado hasta donde hemos podido, Andrew —dijo ella—. Esperaremos un poco y luego lo volveremos a intentar, pero, si he de ser sincera, sin duda alguna perderemos y habrá que renunciar a todo el asunto. Todos mis esfuerzos más recientes solo me han servido para que pierda en la próxima campaña del congreso.

—Lo sé, y lo siento —dijo Andrew—. En una ocasión me dijiste que me abandonarías si se llegaba a este punto. ¿Por qué no lo has hecho?

—Ya sabes que se puede cambiar de opinión. En cierta forma, abandonarte se convirtió en un precio más alto del que estaba dispuesta a pagar por volver a ser elegida. Y así es. Hace veinticinco años que estoy en la Asamblea Legislativa; es suficiente.

—¿No hay forma de hacerles cambiar de opinión, Chee?

—Hemos hecho cambiar de opinión a todos aquellos capaces de avenirse a razones. Al resto, la mayoría, no se les puede hacer cambiar su antipatía emocional.

—La antipatía emocional no es una razón válida para votar en un sentido u otro.

—Lo sé, Andrew, pero no reconocen que su razón sea la antipatía emocional.

—Todo se reduce, entonces, al cerebro, ¿pero debemos dejarlo a un nivel de células contra positrones? —empezó a decir cautelosamente Andrew—. ¿No hay forma de imponer una definición funcional? ¿Debemos decir que un cerebro está compuesto de esto o aquello? ¿No podemos decir que un cerebro es algo, cualquier cosa, capaz de cierto nivel de razonamiento?

—No funcionaria —contestó Li-Hsing—. Tu cerebro está hecho por el hombre, no es así en el caso del cerebro humano. Tu cerebro ha sido construido, el suyo desarrollado. Para cualquier ser humano que esté dispuesto a mantener una barrera entre él y un robot, estas diferencias son una muralla de acero de un kilometro y medio tanto de altura como de espesor.

—Si pudiésemos llegar hasta la fuente de su antipatía, la verdadera fuente de…

—A pesar de los muchísimos años que has vivido, sigues tratando de razonar con el ser humano —dijo tristemente Li-Hsing—. Pobre Andrew, no te enfades, pero es el robot que hay en ti lo que te lleva en esta dirección.

—No lo sé —dijo Andrew—. Si pudiese cobrar el suficiente ánimo…

1

(CONTINUACIÓN)

Si pudiese cobrar el suficiente ánimo…

Supo durante mucho tiempo que podía llegar a esto, y al final estaba en la consulta del cirujano. Había encontrado uno lo suficientemente experto para el trabajo entre manos, lo que significaba un cirujano robot, pues no se podía confiar en ningún cirujano humano con respecto a esto, ni en cuanto a la habilidad ni en cuanto a la intención.

El cirujano no habría podido realizar aquella operación a un ser humano, de modo que Andrew, después de haber demorado el momento de la decisión mediante una serie de preguntas que reflejaban la confusión que reinaba dentro de él, descartó la Primera Ley diciendo:

—Yo también soy un robot.

Luego, con la misma fuerza con que había aprendido a pronunciar aquellas palabras para dirigirse incluso a los seres humanos durante las décadas anteriores, añadió:

—Le ordeno que me haga esta operación.

En ausencia de la Primera Ley, una orden tan tajante dicha por uno con tanto aspecto de hombre, activó lo suficiente la Segunda Ley como para producir efecto.

21

Andrew estaba seguro de que aquella sensación de debilidad que experimentaba era totalmente pasajera. Se había recuperado de la operación. Sin embargo, se apoyó contra la pared de la forma más discreta posible. Sentarse habría resultado demasiado revelador.

—La votación final tendrá lugar esta mañana, Andrew —dijo Li-Hsing —. No he podido aplazarla más, vamos a perder… Y esto será todo, Andrew.

—Es de agradecer la habilidad que has tenido para aplazarlo —dijo Andrew—. Me ha proporcionado el tiempo que necesitaba, y he hecho la jugada que debía hacer.

—¿De qué jugada hablas? —quiso saber Li-Hsing con evidente preocupación.

—No podía decírtelo, tampoco a la gente de «Feingold y Charney». Estaba seguro de que me lo impediríais. Escúchame, si lo que se cuestiona es el cerebro, ¿no es precisamente la inmortalidad lo que hace que todo el asunto sea distinto? ¿A quién le importa realmente el aspecto de un cerebro, cómo está hecho o cómo se formó? Lo que importa es que las células del cerebro se mueren; tienen que morir. Incluso si se mantiene o remplaza cualquier otro órgano del cuerpo, las células del cerebro, que no se pueden sustituir sin cambiar y por consiguiente destruir la personalidad, tienen finalmente que morir.

»Mis circuitos positrónicos han durado casi dos siglos sin un cambio perceptible y pueden durar algunos siglos más. ¿No es esta la barrera fundamental? Los seres humanos pueden tolerar un robot inmortal, pues no importa lo que dure una máquina. No pueden tolerar un humano

inmortal porque su propia mortalidad solo es soportable en la medida en que es universal. Y por esta razón no quieren convertirme en un ser humano.

—¿A dónde conduce todo esto, Andrew?

—He eliminado este problema. Hace unas décadas, mi cerebro positrónico fue conectado a nervios orgánicos. Ahora, una última operación ha cambiado esta conexión de forma que lenta, muy lentamente, el potencial de mis circuitos se irá agotando.

En el rostro surcado de finas arrugas de Li-Hsing no apareció expresión alguna durante un momento. Luego sus labios se fruncieron.

—¿Quieres decir que has dispuesto morir, Andrew? No puedes haber hecho una cosa así. Ello viola la Tercera Ley.

—No —contestó Andrew—. He escogido entre la muerte de mi cuerpo y la muerte de mis aspiraciones y deseos. Lo que habría supuesto violar la Tercera Ley es haber dejado que mi cuerpo viviese a costa de una muerte más importante.

Li-Hsing agarró el brazo de Andrew como si tuviera la intención de sacudirlo. Se contuvo.

—Andrew, no funcionará. Vuelve atrás.

—Es imposible. El daño ha sido irreparable. Me queda aproximadamente un año de vida. Llegaré al aniversario del segundo centenario de mi construcción. Fui lo bastante débil como para disponerlo así.

—¿En qué medida puede eso servir para algo? Andrew, eres un estúpido.

—Si ello me aporta la humanidad, habrá servido para algo. Si no es así, habré conseguido dejar de luchar y ello también habrá merecido la pena.

Y Li-Hsing hizo algo de lo que ella misma se sorprendió. Se puso a llorar en silencio.

22

Resultó extraño lo mucho que este último acto atrajo la atención del mundo entero. No habían reconocido todo lo que Andrew había hecho con anterioridad, pero había llegado a aceptar la muerte para ser humano y el sacrificio era demasiado grande para ser ignorado.

La última ceremonia fue programada, de forma completamente deliberada, para su bicentenario. El presidente mundial iba a firmar el acta y convertir esta en decreto, y la ceremonia podría ser contemplada en una cadena global y se emitiría en el Estado de la Luna e incluso en la colonia marciana.

Andrew estaba en una silla de ruedas. Todavía podía caminar, pero con paso vacilante.

El presidente, ante la Humanidad, dijo:

—Hace cincuenta años, le declararon robot sesquicentenario, Andrew. —Después de una pausa, y en un tono más solemne, añadió—: Hoy lo declararnos hombre bicentenario, señor Martin.

Y Andrew, sonriendo, alargó la mano para estrechar la del presidente.

23

Andrew estaba en la cama y sus pensamientos se iban difuminando.

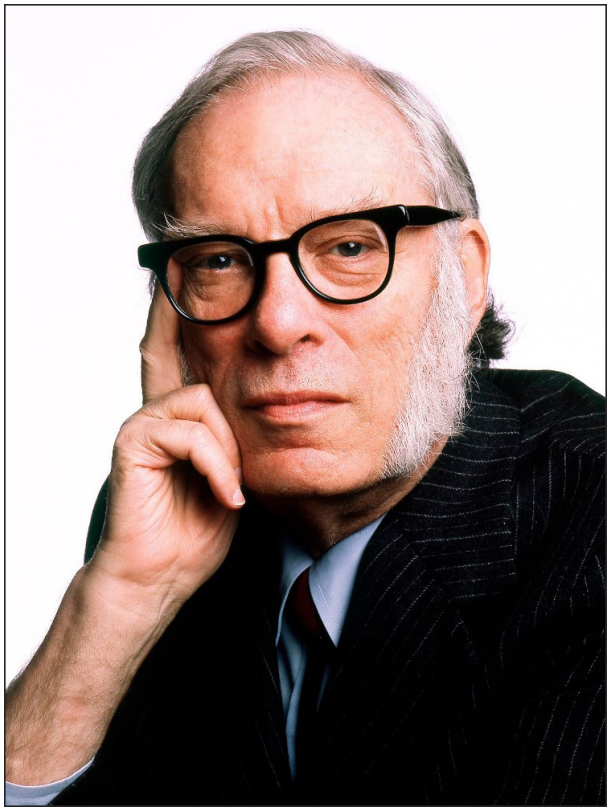
Se aferró desesperadamente a ellos. ¡Hombre! ¡Era un hombre! Quería que este fuera su último pensamiento. Quería disolverse, morir, con él.

Abrió los ojos una vez más y por última vez reconoció a Li-Hsing, solemnemente pendiente de él. Había otras personas, pero eran solamente sombras, sombras imposibles de reconocer. Solo Li-Hsing se destacaba contra el más, cada vez más, intenso gris. Despacio, con un gran esfuerzo, le alargó la mano y, muy débil y vagamente notó que ella se la estrechaba.

Ella se iba desvaneciendo ante sus ojos, mientras sus últimos pensamientos se consumían poco a poco.

Pero antes de desvanecerse completamente, un último y fugaz pensamiento pasó por su mente, descansando allí un momento antes de que todo se detuviese.

—Señorita pequeña —murmuró, en un tono de voz demasiado bajo para ser oído.



ISAAC ASIMOV es uno de los grandes maestros de la ciencia ficción del siglo XX. Autor de trayectoria legendaria, publicó más de quinientas obras, entre ellas el Ciclo de la Fundación, la Serie de los Robots, la Trilogía del Imperio, *Los propios dioses* y *El fin de la eternidad*. Sus obras han sido publicadas en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación, y varias de ellas han sido galardonadas con los premios Hugo, Locus y Nebula.

Nacido en 1920 en Petróvichi, Rusia, siendo muy pequeño se trasladó con su familia a Estados Unidos y creció en la ciudad de Nueva York. Estudió en la Universidad de Columbia, donde se doctoró en Bioquímica, tras lo cual fue profesor y publicó trabajos académicos como *El cerebro humano*. Asimov murió en 1992 en Nueva York a los setenta y dos años.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 1 (Continuación)

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Sobre Isaac Asimov